



S. JORGE, M.

ó una considerable limosna, para todas las veces en que te expusieres á algun peligro. Estos que parecen pequeños cuidados, son pruebas seguras de una voluntad muy sincera, y mueven al Señor á dispensarnos aquellos grandes auxilios que son de tanto provecho en la ocasion; y en fin es de gran consecuencia este ejercicio.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN JORGE, MÁRTIR.

San Jorge, uno de los mas célebres mártires de la Iglesia, á quien los griegos llaman por excelencia *el gran mártir*, nació en Capadocia, de familia ilustre y distinguida por su nobleza, pero mas señalada por el zelo con que profesaba y defendia la verdadera religion.

Su calidad y distincion le precisaron á seguir la profesion de las armas; y como era un jóven de los mas bien dispuestos, mas valientes y mas cultos de todo el ejército, se granjeó en poco tiempo la voluntad del emperador Diocleciano, quien le dió una compañía y le hizo su maestre de campo. Acreditaron el acierto de esta eleccion el valor, la prudencia, y su buen comportamiento en todo en una edad tan poco avanzada; y descubriendo cada dia el emperador mas y mas las prendas y el extraordinario mérito del nuevo oficial, pensaba elevarle á los primeros cargos y colmarle de favores, cuando comenzó á estallar la tempestad que desde algunos años antes se iba fraguando contra los cristianos, y desde los primeros anuncios se comenzó á temer que inundaria en sangre de mártires á toda la Iglesia de Dios.

Desde entonces, aunque Jorge tenia solamente veinte años, se consideró como victima destinada al sacrificio, y se dispuso para él con el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Como tenia el grado de oficial general, era del consejo del emperador, y conoció que esto le obligaria á declararse de los primeros, y á dar pruebas de su fe, no disimulando su religion. Hizo sacrificio de sus bienes antes de llegar el caso de hacer el de su vida. Hallándose heredero de un rico patrimonio por muerte de su madre, lo repartió todo entre los pobres; vendió sus preciosos muebles, sus ricos vestidos, y distribuyó el precio entre los fieles que al primer ruido de la persecucion se habian dispersado, y dió libertad á sus esclavos.

Despojado ya de todo, entró, por decirlo así, en la lid, y se fué á la sala del consejo. Habiendo propuesto el emperador el impío y cruel proyecto de exterminar á todos los cristianos, le aplaudió toda la junta; pero toda ella quedó extrañamente sorprendida y admirada, cuando vió levantarse de su asiento á nuestro jóven oficial, y con un noble despejo, pero modesto, atento y respetuoso, contradecir en pocas palabras lo que todos habian dicho para autorizar la resolucion que se habia tomado de perseguir á los cristianos, y de exterminarlos en todo el imperio.

Era naturalmente elocuente, y como hablaba con mucha gracia, con energía y con fuego, se hizo escuchar con admiracion y con respeto. Hizo ver al consejo la injusticia y la impiedad de aquella persecucion; defendió con una discreta apología á los cristianos, y concluyó exhortando al emperador á que revocase unos edictos que solo se dirigian á oprimir la inocencia. Habia ya acabado de hablar, y aun no habian vuelto de su admiracion los que le oian: la viveza de su discurso, el aire religioso con que lo pronunció, y su rara modestia, tenian como entredichos

á los oyentes, y por algun tiempo calmaron las pasiones de todo el consejo. El emperador, aun mas aturdido que los otros, mandó al cónsul Magnencio que respondiese á nuestro santo. « Bien se conoce, le dijo el cónsul, por el desahogo con que has hablado en presencia del emperador, que eres uno de los principales jefes de esta secta: tu confesion pondrá el colmo á tu insolencia; pero nuestro augusto principe, defensor de los dioses del imperio, sabrá vengarlos de tu impiedad. »

« Si la impiedad ha de castigarse, respondió Jorge, no sé yo que haya otra mas abominable que la de atribuir á las criaturas, aun á aquellas que son inanimadas, los soberanos títulos y derechos propios y peculiares de la divinidad. No puede haber mas que un solo Dios verdadero: este es aquel á quien yo sirvo y adoro. Si, cristiano soy, y de este nombre me glorio, no aspirando á mayor dicha en esta vida, que á derramar toda mi sangre por aquel Señor de quien recibí la vida. » Enfurecido el emperador al oír este discurso, y temiendo que hiciese impresion en los ánimos de los circunstantes, mandó que al punto le cargasen de cadenas y le encerrasen en un calabozo.

Halló en él nuestro santo con que satisfacer el ardiente deseo que tenia de padecer por Jesucristo. El primer efecto de la cólera del tirano fué mandarle atormentar con un género de suplicio nunca oído hasta aquel dia. Mandó atarle á una rueda sembrada toda de agudas puntas de acero, la cual á cada vuelta que daba, le levantaba hácia arriba pedazos de carne, y hendia en sangrientos canales aquel delicado cuerpo. Quedaron atónitos los mismos verdugos, viendo la alegría del generoso mártir todo el tiempo que duró este horrible tormento; pero aun quedaron mas asombrados, cuando suponién-

dole ya muerto, le hallaron enteramente curado de todas sus heridas.

Convirtiéronse muchos gentiles á vista de esta milagrosa curacion; pero ella misma irritó mas al tirano. Como era Jorge una de las primeras víctimas que Diocleciano sacrificaba á su crueldad, no hubo género de suplicio que no emplease para vencer su magnanimidad y su constancia. Apenas se puede creer lo que refieren de sus tormentos las actas mas antiguas del martirio de nuestro santo. Todo lo que puede inventar la mas bárbara inhumanidad, todo lo que es capaz de discurrir la cólera de un tirano, y todo lo que puede sugerir la rabia y la malignidad del infierno, todo se puso en ejecucion para atormentar al invencible mártir; pero todo sirvió para confundir á los paganos, y para manifestar mas la gloria y el poder del Dios que adoraba Jorge. El acero, el fuego, la cal viva, de todo se valieron para obligarle á desistir de su santa resolucion y hacerle abandonar la fe; pero la firmeza, y aun la alegría que manifestaba en medio de los tormentos; cierto resplandor maravilloso que rodeó todo su cuerpo, y disipó las tinieblas del oscuro calabozo; los muchos milagros que obró en beneficio de los mismos que le atormentaban, todo esto hizo triunfar su religion, y convirtió á la fe á muchos infieles. De este número fueron los dos pretores Prótolo y Anatolio. En vano gritaban algunos que todo era hechicería, sortilegio, arte mágica, encantamiento: su heróica paciencia en medio de los mas crueles tormentos, y las grandes maravillas que obraba, hicieron titubear á los mas obstinados, tanto que el emperador llegó á temer una conversion general en toda la ciudad. Y aun se asegura que la emperatriz Alejandra se convirtió, y que mereció la corona del martirio. Pero sea de esto lo que fuere, es cierto que el emperador, viendo

que eran inútiles todos los tormentos, recurrió al artificio; y mudando repentinamente de tono y de conducta, mandó que le quitasen las prisiones, y le condujesen á su presencia.

Luego que le vió, le dijo con afectada blandura: « Jorge, no sin grande dolor mio me he visto precisado á mandar que se ejecutase contigo todo el rigor de los edictos publicados contra los enemigos de mi religion. No puedes ignorar el grande aprecio que siempre he hecho de tu mérito; y el puesto que ocupas en mis ejércitos, es buena prueba de mi bondad. El único obstáculo que puede oponerse á tu fortuna, será tu obstinacion: eres jóven, logras toda la proteccion del emperador, el favor añadido al mérito te promete los primeros cargos del imperio. ¿Qué aguardas para volver á tu obligacion, y para aplacar con tus sacrificios la cólera de los dioses? »

Suplicó Jorge al emperador que le mandase conducir al templo, para ver aquellos dioses á quienes queria que ofreciese sacrificios. No dudó ya Diocleciano que su suavidad y sus promesas habian finalmente triunfado del confesor de Jesucristo. Fué conducido al templo acompañado de innumerable pueblo: apenas descubrió la estatua de Apolo, cuando la preguntó nuestro santo: *Dime, ¿eres Dios? No soy Dios,* respondió la estatua con voz terrible y espantosa que estremeció á los circunstantes. *Pues venid acá, espíritus malignos, ángeles rebeldes, condenados por el verdadero Dios al fuego eterno, ¿cómo teneis atrevimiento para estar en mi presencia que soy siervo de Jesucristo?* Al decir estas palabras, acompañadas con la señal de la santa cruz, se oyeron en el templo gritos horribles, ahullidos espantosos, y se vieron caer derribadas por mano invisible todas las estatuas, haciéndose pedazos contra el suelo. A vista de un espectáculo tan maravilloso, al principio quedaron todos

atónitos; pero despues los sacerdotes de los idolos con sus gritos y con sus lágrimas excitaron una sedicion tan general, que apenas se oian mas que las descompasadas voces con que clamaba todo el pueblo que quanto antes se librase á la tierra de *aquel monstruo*.

Informado el emperador de lo que acababa de suceder, mandó que al instante le cortasen la cabeza; lo que se ejecutó el día 23 de abril hácia el año de 290.

En todas las iglesias de Oriente y de Occidente ha sido siempre muy célebre la memoria de este ilustre mártir, y su culto es de los mas antiguos en la Iglesia. Asegúrase que desde el fin del quinto siglo ya habia altares dedicados á su nombre, erigidos por santa Clotilde, mujer del rey Clodoveo. Contribuyó mucho al culto de san Jorge en Francia san German, obispo de Paris, uno de los mas célebres prelados del siglo sexto, cuando con la oportunidad de su peregrinacion al Oriente, el emperador de Constantinopla le regaló muchas reliquias, y á su vuelta hizo edificar una capilla en honor de san Jorge en la iglesia de san Vicente, que hoy es la de San German de los Prados. Las muchas capillas y altares que en toda la Europa se han erigido con el nombre de nuestro santo, son buena prueba de la devocion que le profesan todas las naciones, y del ansia con que desean todas merecer su poderoso amparo y proteccion. Algunas órdenes militares toman el nombre de san Jorge, como la que fundó el emperador Federico IV, primer archiduque de Austria, en 1470: otra hay en la república de Génova, diferente de la que con el nombre de los caballeros de san Jorge de Alfama se fundó por los años de 1200 en el reino de Aragon. Tambien los ejércitos cristianos suelen ponerse bajo la proteccion de san Jorge. Comunmente se le pinta

á caballo, armado de todas armas, con una lanza en la mano, en ademan de acometer á un dragon, para defender á una doncella que teme ser despedazada. Pero esto mas es simbolo que historia, para denotar que este ilustre mártir defendió á su provincia, representada por la doncella, del fiero dragon de la idolatria. Y como entre los Griegos casi todas las cosas degeneraron en mil extravagancias, la singular veneracion que profesaban á nuestro santo, vino á parar con el tiempo en supersticiones ridiculas, que son el origen de las groseras fábulas que nos venden los viajeros visionarios con referencia á san Jorge.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Jorge, cuyo glorioso martirio honra la Iglesia entre los demás santos que han padecido por la fe.

En Valencia del Delfinado, los santos mártires Félix presbítero, y Fortunato y Aquileo diáconos, los cuales habiendo sido enviados á predicar la palabra de Dios por san Ireneo obispo, y habiendo convertido á la fe de Jesucristo la mayor parte de la ciudad, fueron puestos en la cárcel por órden del capitan Cornelio; despues los azotaron cruelmente, les quebraron las piernas, los ataron á unas ruedas, á las cuales hacian dar vueltas con suma rapidez, los colgaron del potro en medio de un humo espeso, y por último los degollaron.

En Prusia, el tránsito de san Adalberto, obispo de Praga y mártir, que predicó el Evangelio en Polonia y Hungria.

En Milan, san Marolo, obispo y confesor.

En Toul en Francia, san Gerardo, obispo de esta ciudad.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Georgii martyris tui meritis et intercessionem laetificas : concede propitius, ut qui tua per eum beneficia poscimus, dono tuae gratiae consequamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos alegras con los merecimientos y con la intercesion de tu bienaventurado mártir san Jorge, concédenos que consigamos por tu gracia los beneficios que pedimos por su intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epistola es del cap. 2 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime : Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse à mortuis ex semine David, secundum evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi malè operans : sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quæ est in Christo Jesu, cum gloria cælesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones : qualia mihi facta sunt Antiochiæ, Iconii, et Lystris : quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

Carísimo : Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de la muerte segun mi evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor : pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan tambien la salud que está en Cristo Jesus con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimitad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquia, en Iconio, y en Listris : las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesus, padecerán persecucion.

NOTA.

« La opinion mas comun es que el Apóstol escribió esta carta en tiempo de su segunda prision, el año del Señor de 66, y en ella parece desear con ansia que su querido discipulo vaya cuanto antes á verle, » asegurándole que estaba ya cerca del fin de su carrera, y de ser sacrificado á Cristo por medio del martirio, como efectivamente sucedió en aquel mismo año. »

REFLEXIONES.

Omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesus, serán perseguidos. Son las persecuciones la herencia de los buenos : con todo eso es cierto que no son las mas crueles las que padecen de parte de los impíos; las mas terribles son las que vienen por mano de los que hacen profesion de virtuosos, y debieran ser los mas ardientes defensores de la virtud.

Determinese una persona religiosa á observar con puntualidad las menores reglas, persuadida de la indispensable obligacion en que está de aspirar á la perfeccion de su estado; mucha resolucion ha menester, pero aun ha menester mayor paciencia para no ceder á la multitud de los que están mal con tanta reforma. Los menos fervorosos, que en una comunidad por lo regular suelen componer el mayor número, consideran aquella exacta puntualidad en un particular como una especie de tácita censura, y su fervor se les figura una secreta reprehension de su tibieza. No le basta al tal religioso retirarse al recogimiento de su celda y de su silencio, no meterse en otra cosa que en cumplir con su obligacion, no ceder á otro alguno en humil-

dad, en afabilidad y cortesania; sabida cosa es que la emulacion no se vence á fuerza de virtudes: preténdese no descubrir en él mas que una especie de secreto orgullo, un espíritu de teson y de singularidad, un genio de reformador impertinente, que viene á introducir novedades, y á turbar la quieta y pacífica posesion en que estaba la relajacion de la comunidad. El ceño con que le miran, el desvío y aun el desprecio con que le tratan, las alusiones satíricas y las quemazones con que le hieren, consecuencias tan ordinarias donde reina la emulacion, ponen en terribles pruebas á una virtud tierna y recién nacida. Hasta la estimacion que hacen de él los ajustados y los fervorosos, le da muchas ocasiones en que merecer.

Distinguese en una comunidad un sugeto por su singular virtud, por ser mas humilde, mas obediente, mas mortificado que los otros; bien puede vivir persuadido que ha de cargar con los oficios mas penosos de la casa. Todos aquellos en que hay algun especial trabajo, todos aquellos de que huyen los tibios y los imperfectos, todos vendrán á buscarle, y serán los que le toquen á él. El concepto que se tiene de su mortificacion y de su rendida obediencia, hace que se pase á ciegas por encima de su virtud. A los tibios, á los imperfectos se les tienen mil consideraciones, mucho miramiento; pero permite Dios que ninguno se tenga con los virtuosos. Los buenos suelen estar oprimidos con el peso de las cargas, mientras los malos, los que solo hacen aquello que se les antoja, están ociosos y gastan el tiempo en censurar todo cuanto hacen los que verdaderamente trabajan. La misma irregularidad se observa á proporcion en las familias y casas particulares respecto de los hijos y criados mas ó menos virtuosos. Mucho tiene que padecer el amor propio en una distribucion tan desigual; pero en ella halla su cuenta la virtud;

y aunque esta distincion sea incómoda y desagradable, al cabo la honra mucho. Es verdad, por otra parte, que si esta prueba es sumamente útil á una alma fervorosa, tambien desalienta y retrae de la virtud á otras muchas pusilánimes. Aquella condescendencia que se tiene con los imperfectos, á los cuales quizá se les disimula y se les consiente demasiado, y aquella aparente dureza con que se trata á los fervorosos con quienes en nada se repara, á unos los mantiene tranquilos en su vida poco regular y aun relajada; y ejercitando la paciencia de los otros, disgusta de la observancia á aquellos que encuentran tantas ventajas en su misma relajacion. No se puede negar que este disgusto será irracional, y que este pretexto será frívolo; pues nadie ignora que Dios muchas veces parece que perdona al pecador, y que aflige al justo. Con este mismo espíritu proceden los superiores en la distribucion de los empleos, y en las condescendencias que suelen tener con los imperfectos. La prosperidad, que parece habia de ser el privilegio de los virtuosos aun en esta vida, es de ordinario la legitima de los indevotos. Pero ¿será menos infeliz la suerte de los buenos porque sea mas trabajosa? ¿Y qué motivo tendrán los justos para quejarse, dice Gregorio, de que Dios les reserve todo el premio para la otra vida, al mismo tiempo que á los malos les recompensa en esta aquello poco bueno que hacen en ella?

El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el dia XIV, pág. 309.